

## ESCENAS DE MI PAÍS: YO QUIERO IR Á SAN SEBASTIÁN

A la memoria de mi inolvidable amigo el inspirado poeta donostiarra D. Antonio Arzac.

Había nacido José en las cercanías de San Sebastián, cuando esta capital apenas se dedicaba á la empresa del turismo. Era uno de tantos jóvenes de familias del país que no hablaban castellano y se dedicaban, por lo general, á las labores del campo.

Desde muy niño, José tuvo que descender á la ciudad para ganar el sustento de su vida, pues los padres contaban con muy pocos recursos. José se vió obligado á aprender el oficio de cantero. Pero hastiado de trabajar á corto jornal y viendo que sus amigos, cargados de años y de hijos, tampoco tenían jornales crecidos, picóle la ambición de recorrer el mundo y decidió marcharse de su pueblo natal.

Él oyó contar á sus compañeros las grandes fortunas que se hacían en América; sabía que muchos que marcharon de su país siendo jornaleros como él, volvieron ricos, muy ricos, y decidió seguir sus pisadas. Claro está que la oposición de sus padres no fué pequeña, no tan sólo por el cariño que sentían hacia Joésecho, sino porque era el más inteligente y el mejor de todos sus hermanos. Pero al fin, vencidas toda clase de dificultades, marchó á América.

Allí entró de mozo en uno de los más importantes comercios de Buenos Aires, cuyos dueños eran también vascos.

No pasaron muchos años. Aquel joven que, al llegar á la capital bonaerense, no poseía más que el ingenio necesario para labrar la piedra que bajaba de las montañas de su país, en poco tiempo hizo desarrollar su inteligencia, dominó los negocios mercantiles, se hizo cargo de las inmensas ventajas que existen en aquel país para la lucha de la vida, y erigiéndose él mismo en dueño de una gran casa de banca

que montó, gracias á su honradez y laboriosidad, al cabo de años de constante trabajar consiguió crearse una opulenta situación.

¡Quién lo hubiese dicho! Aquel Joŕse, obscuro cantero de San Sebastián, aquel joven que, de continuar en su casa, jamás hubiese pasado de la categoría de un triste jornalero, ¡convertido en opulento banquero! ¡Ah! Ya no era Joŕse, no, era el prestigioso hombre de negocios, conocidísimo y reputadísimo en toda la América del Sur como el hombre más serio en negocios bancarios, D. José de Echave y Amilibia.

Á pesar de su opulencia, aquel Joŕse jamás se olvidó de la casa humilde donde nació, de sus padres humildes, de sus amigos que continuaban siendo humildes como él lo fué, y no pasaba mes ni año, desde que salió de la casa paterna, sin que Joŕse enviase á sus padres cantidades nada despreciables de dinero. Así demostraba que, á pesar del enorme cambio social que en él se había verificado, Joŕse continuaba siendo el mismo hijo de sus padres, de la misma naturaleza y del mismo origen que lo fué cuando labraba la piedra de las canteras de los montes cercanos á San Sebastian. ¡Preclaro talento que olvidan siempre la mayoría de los que en lenguaje mortificante se les ha dado en llamar *parvenues!*

Pasaron ya muchos años, cuando la firma de D. José de Echave suponía en toda la América la más sólida garantía de cualquier razón social. Muertos ya sus padres, muerta también uno de sus hermanos, desconociendo el paradero de sus amigos de San Sebastian, quiso Joŕse, á pesar de todo, volver definitivamente á su ciudad natal.

Pero ¿cómo abandonar toda aquella inmensidad de negocios? ¿Cómo arreglarse para colocar al frente de su importante establecimiento bancario una persona en la que él pudiese cifrar su confianza? Nada; D. José de Echave se había hastiado ya de aquella vida todo actividad. Su edad y su cansancio intelectual y físico de toda la vida, necesitaban descanso.

Realizó un traspaso en la mejor forma que pudo y tomó pasaje para San Sebastian.

Su imaginación ya no quería recordar al cosmopolitismo de las grandes urbes de América; ya no quería recordar los millones de gentes de toda clase y categorías con las que él trató y llegó á hacer la gran fortuna que poseía. Viéndose en edad avanzada, quiso dejar sus huesos en su San Sebastian querido. Quería oír hablar en vasco; aquel

euskera que tan á menudo escuchó, flúido y armonioso, de los labios de su madre; quería morir en San Sebastián, en aquel pueblo que, al abandonarlo, conservaba una moralidad de costumbres envidiable.

¡Pobre ilusión del entusiasta donostiarra!

Cuando llegó á la hermosa ciudad, deslumbróse su vista ante aquel cuadro de lujo esplendoroso en sus calles y en sus edificios. Aquello no era el San Sebastián que él ansiaba, aquello no era lo que apetecía tras una vida de ardorosos trabajos.

Al bajar del tren, buscó un mozo que le condujera á San Sebastián.

—Llévame á San Sebastián—se apresuró á decirle el bueno de D. José.

—Sí, señor. Ahora mismo iremos. ¿Tiene más equipaje? ¿Tiene usted baúl?—le dijo el mozo.

—No, no tengo nada. Me lo han llevado ya—contestó D. José.

—Bien, bien—dijo el maletero.

—Mira mozo, me llevas en seguida á San Sebastián.

—Sí, señor, sí, pierda usted cuidado. Ahora mismo iremos.

El forastero y maletero pasaron ya algunas calles. D. José, todo extrañado, apenas contemplaba nada de aquel San Sebastián que él soñó y que creía había de encontrarlo con poca diferencia tal como lo abandonó. Desengañado porque no veía lo que había sido toda la vida el afán de sus afanes, le increpó al maletero diciéndole:

—Mira. Te he dicho que me lleves á San Sebastián.

—Pero señor, estamos ya en San Sebastián. Esto es San Sebastián.

—¿Pero es posible que esto sea San Sebastián?

—Sí, señor. No tiene más que fijarse.....

—Sí, ya me fijo. Por todos lados no veo más que nombres extranjeros....

—Aquí tiene usted la Avenida de la Libertad y.....

—Justo; lo dicho. Que esto no es San Sebastián; Royalty..... Rhin..... Crédit Lyonnais..... Mira, mozo. Llévame pronto á aquel San Sebastián donde se habla vascuence, porque esto no es lo que busco yo. Aquí se ha cambiado mucho en estos últimos años.

— Ahora mismo señor.....

D. José y el maletero seguían avanzando por las calles de la hermosa ciudad. Cada paso que daba D. José, quedaba más asombrado. No oía hablar su primitiva lengua; no eran las costumbres de ahora

las que él había presenciado hacía ya algunos años. Todo lo veía por el lado ridículo. Todo le parecía impropio de una población vascongada. Al llegar muy cerca de la parte vieja, el maletero detúvose pocos momentos en la esquina de una de las calles mejores de San Sebastián.

—Mire, señor—le dijo á D. José—. Aquí tiene el hermoso paseo del Boulevard, allí el de Alderdi-Eder.

—¿Eh?.....¿Cómo?.....

D. José quedó perplejo ante aquellos nombres que le iba citando el maletero.

—¿Y por qué á este paseo no le han dado un nombre parecido á de Alderdi-Eder, y no el de Boulevard? Boulevard, Novelty, New-England.....

¡Hombre! Por una verdadera casualidad veo que allí, en aquella esquina, figura un apellido vascongado, Sansinenea. Gracias á Dios que puedo leer algo que sea de mi país. Porque yo no sé hasta qué punto se ha llegado aquí á extranjerizarse.

Oye, mozo. Y tú ¿de dónde eres? ¿del Congo?

—No, señor. Yo soy donostiarra, pero me llaman el *Húngaro*, y por ese mote me conoce todo el mundo. Como nadie sabe de dónde soy, más que mis amigos, toda la gente cree que soy de Hungría. Y así me tienen más compasión y las propinas menudean.....

—Bien, hombre. Hasta tú tienes el alma de hotelero. Pues mira Yo no quiero vivir en un pueblo donde no se hable la lengua que hablaron sus antecesores. Llévame pronto á San Sebastián. Yo quiero ir al verdadero San Sebastián.

Perplejo el pobre mozo ante la actitud del famoso americano, le condujo á la parte vieja de la población. Por fin, D. José pudo hablar el vascuence con las caseras del Mercado, con las pescaderas de la Pescadería, con los empleados del Municipio. Pudo ver cómo en las tiendas se hablaba vascuence, cómo los rótulos de las calles eran bilingües, cómo los chicos al corretear se imprecaban en vascuence.....

—¡Ah! ..... Ya respiro.....—prorrumpió D. José—, he llegado á mi San Sebastián querido. Allí veo el Muelle, donde mis inolvidables *arrantzales* (1) dialogan en la lengua que yo balbucí mis primeras impresiones; allí veo el barrio donde nacieron mis abuelos; allí veo las campanas, aquellas sonoras campanas á cuyo tañido yo rezaba, me

(1) Pescadores.

levantaba á la aurora y me acostaba con el *Angelus*; estos son los contornos por los que yo correteaba también; aquellos los lugares donde jamás la tristeza tuvo un resquicio donde albergarse. Esta es también la iglesia, aquella iglesia bajo cuya bóveda mi madre me enseñó á rezar. me enseñó á amar, á querer á Dios y al prójimo. Y todavía está tal como yo la ví en mis mocedades. Son las mismas las columnas, igual es el campanario, exactos los torreones, idéntico el portal. ¡Qué hermosa y qué augusta! ¡Qué alegre y qué bella la encuentro yo en estos momentos! ¡Pobre madre mía! ¡Has muerto! Ya no vives más. Porque si vivieras qué bien habíamos de rezar juntos, muy juntos, en esa iglesia, ante la Virgen. ¡Y hace tanto tiempo que no he rezado, ni..... por mi madre siquiera! ¡Aquellas tierras americanas, aquel cielo, hace olvidar todo, todo..... menos la madre! Pues aquí, aquí quiero vivir. Aquí están los sentimientos íntimos, aquí los recuerdos que jamás se borran, aquí las cunas y los sepulcros, aquí está el alma. Y donde está el alma, está la vida, está la patria. He venido, estoy, pues, en mi patria.....

Después de este momento de meditación, D. José, aquel Joŕecho que no concebía á su pueblo más que siguiendo la marcha de sus antiguas costumbres, se fijó en una de las casas más típicas del antiguo San Sebastián y tanto le gustó, que después de una serie de informes, pudo conseguir la habitación que deseaba. Á los pocos momentos gratificó espléndidamente al maletero que le acompañó desde la estación, y D. José comenzó á hacer una vida metódica y tranquila en uno de los sitios más tradicionales del antiguo San Sebastián.

\*  
\* \* \*

Pero he aquí que andando el tiempo pudo conseguir la compra de la casa donde nacieron sus abuelos. Aunque él nació en otro lugar, guardaba para aquella casuca un imborrable cariño.

¡Y era tan mona a pesar de ser vieja! ¡Y estaba situado en lugar tan risueño!

D. José no paró hasta comprarla. Una vez allí, cuidó muy bien de ir restaurando todas las habitaciones, de manera que sin perder el recuerdo de antaño, tuviese una casita cómoda y bien ventilada. Además, él recordaba el lugar en que su abuelito le mimaba y le besaba á veces. Él recordaba los días que, acompañado de su madre, venía á ayudar á su abuelo en las labores del oficio. Había, pues, conseguido

cuanto pudo para vivir tranquila y silenciosamente en el viejo San Sebastián.

No pasó mucho tiempo y la fama de D. José, como hombre caritativo, se difundió al momento por el barrio donde vivía. Era el padre de los pescadores. Él les ayudaba cuando contraían deudas los inviernos duros y de poca pesca; él educaba á muchos niños; él extendía su mano pródiga á todos cuantos por uno ú otro motivo se hallaban necesitados. A pesar de su avanzada edad, D. José era de los que madrugaban. Se le veía muy temprano acudir á una de las primeras misas de la iglesia de Santa María. No pocas veces volvía rodeado á su casa de gente menesterosa, á quien D. José, les ayudaba con sus limosnas casi á diario. Era ya una institución.

La vida de D. José transcurría sin el menor contratiempo hasta que en cierta ocasión, cuando ya por su edad y por el acendrado cariño que sentía hacia aquel rincón donde vivía, malas artes del progreso moderno iban á perturbarle la tranquilidad al venerable anciano. Aquella casita tan monamente arreglada por él á su gusto, de recuerdos tan dulces, de imborrables coloquios; aquella casita, por cuyos ventanales entraba el sol con sus benéficos rayos y contemplaba D. José la vista alegre, ideal y de colorido tan donostiarra de la bahía de la Concha y del Muelle. con todos sus cuadros más ó menos típicos; aquella casita iba á ser destruida, había de ser demolida para, sobre sus cimientos, trazar un elegantísimo paseo que había de servir de cornisa al comenzado paseo del Monte-Urgull. En cuanto la noticia llegó á oídos de D. José, estuvo á punto, poco menos, de que le diera un síncope.

¡Destruir esta casa! ¡Que me destruyan á mí antes! ¡Que me maten!.....

¡Van á desahuciarla, Dios mío!..... ¡Aquí donde quería dar mi último suspiro! ¡Dios mío! Y mis recuerdos..... Y mis sentimientos..... Y mi alma....., decía el infeliz anciano.

¡No! Á pesar de mi edad y de mis escasas fuerzas, he de hacerme fuerte..... Pero, Dios mío. Si todo lo ha de demoler el progreso, ¿qué queda para los que nos gusta vivir de dulces recuerdos y de santas, ¡sí! muy santas costumbres de antaño?.....

Pasaban días y días y el anciano seguía tan tranquilo, sospechando que ya no le molestarían más. Pero un día le visitó el representante ó arquitecto de cierta Compañía explotadora del Monte-Urgull, ofreciéndole una suma importante por la casa que habitaba.

D. José le contestó: Pero ¿cómo pretende usted que yo le venda esta casa?

—Pues por lo ventajosa que supone su venta en las condiciones que le ofrezco.

—Pero comprenderá usted que por mucho dinero que dé por ella, hay cosas en el mundo que todo el oro es nada para pagarlas.

—Mi buen D. José—contestó el gerente de la Compañía explotadora—, eso ya es una exageración. En todas las cuestiones hay que buscar siempre el justo medio.

—¡El justo medio! ¡Es verdad!—replicó D. José—, la transacción ¿no es eso?

—Claro está que sí.

—Pero en el cariño, en el sentimiento, en el afecto, como en el amor, la transacción es un medio para la negación de ese amor.....

—Pero, mi buen D. José.....

—Como lo oye usted. Pretender comprar un afecto, pretender cambiar el corazón por un puñado de dinero, duro como el metal con que está fabricado, es matarlo.....

—Pero todo tiene sus límites, D. José.....

—Menos el cariño, que cuando es de verdad, ha de ser entero y límpido, como la superficie de un cristal de roca—replicó con energía D. José.

—De todos modos aquí no se trata de comprar, ni de arrancarle su cariño; se trata de nada más que de comprarle esta casa, que, por las necesidades modernas y el desarrollo de la población, debe desaparecer...

—Usted me insulta.....

—Nada de eso, D. José.

—Pues antes me muero que presenciar la destrucción de esta casa.

—Nada, D. José. Veo que se excita usted. Comprendo su situación y no pretendo amargarle más.....

—Bastante me ha amargado usted en estos crueles momentos.

—Lejos de mi semejante idea, respondió el gerente, y, con un saludo, se despidió del desgraciado anciano.

Apenas quedó solo, el intenso dolor que le había producido aquella visita, desgarró su corazón y comenzó á sollozar. Madre mía, recuerdos imborrables, recuerdos de los míos, ¿será posible que el mundo sea tan cruel como para privarme de todo, incluso de los más ínti-

mes sentimientos?—decía—. Soy solo en el mundo..... Mis padres, mis hermanos, hasta mis amigos del alma, todos murieron. De todos ellos no me queda más que este recuerdo, este algo que parece que ha quedado entre las cuatro paredes de esta casa Y hasta esto me arrancan, me llevan, me roban, ¡sí!..... me roban. ¡Qué malo es el mundo! ¡Qué cruel es el mundo!.....

Cuando terminó de hablar sumióse en una postración tristísima y lloró amargamente con el llanto más penoso de este mundo, el llanto del cariño perdido, del cariño arrancado. Desde entonces D. José apenas había pasado un día bueno. Aquel hombre que en su vida habló mal de nadie, aquella naturaleza robusta que, con un trabajo continuo y esforzado de más de cincuenta años, llegó á crear multitud de industrias y negocios que amparaban miles y miles de familias, llegó á maldecir del mundo. Jamás creyó que la perversidad llegaba hasta el extremo de que la fuerza constituía ley, y pensando en su mala suerte, meditando en la crueldad de los hombres, fué consumiéndose poco á poco. Su felicidad quedó turbada.....

Á pesar de cuantos consejos y ruegos le hicieron para que abandonara aquella casa, todo fué inútil. Moriré cuando muera la casa—decía—. Y nadie pudo conseguir hacerle salir de allí.

Pasaron varios días; comenzaron los trabajos de destrucción. Todos sus criados, menos un muchachito que le acompañaba en los ratos que salía de paseo, le abandonaron. El muchacho, sin embargo, permaneció con él. El martillo y la piqueta rompían puertas, derrumbaban tabiques, destruían habitaciones, arrancaban los más antiguos recuerdos. Cada martillazo de aquellos era una puñalada para D. José. Sin embargo, continuaba en su habitación sentado en un antiguo sillón, llorando como un niño. El corazón se me va á pedazos—decía con voz temblorosa y entrecortada.

Los golpes de los martillazos continuaban sin interrupción en su obra destructora. Al fin llegó un momento en que la estancia del anciano se hizo peligrosa y pretendieron sacarle de la habitación. Dejadme, dejadme que me muera. No importa aunque me matéis.—Dejad que ese techo que pelagra, me hunda entre sus escombros.....

D. José hizo esfuerzos supremos por permanecer en la habitación. Iban ya algunos obreros á sacarlo en andas sobre el mismo sillón donde reposaba, cuando en aquel momento fué acometido de un terrible dolor, llevandose sus manos al pecho, al mismo tiempo que un grito



desgarrador apenó terriblemente á los que le rodeaban. Un sudor frío envolvió su cara y el cuerpo del infortunado anciano; su rostro adquirió una tonalidad medio amarillenta, medio violácea. Parecía estar muerto. Á los pocos momentos entreabrió sus ojos oscilantes y balbuceó algunas palabras. No se le entendieron. Volvió á hablar.

—¡Un cura!..... ¡Un cura!..... ¡Todavía sufro!.....—dijo el anciano—. Tardó algún tiempo en llegar un sacerdote, pero el enfermo aun vivía. Recobró en parte sus fuerzas y parecía revivir. Fué el momento suficiente para confesarse. Á los pocos instantes se le oyó decir:—El mundo me ha matado..... Me privó del cariño..... El mundo me hizo sufrir.... hasta la muerte....

Un vaho de augusta tristeza invadió el corazón de los que le rodeaban. Algunos lloraban. Poco á poco fué llegando el pueblo á quien D. José tanto había ayudado. Las lágrimas abundaban en los circunstantes. ¡Pobre D. José! ¡Se muere! ¡*Gišarajoa!* ¡*Ill da!* ¡*Ill da!*, decían las mujeres. Un profundo silencio, profundísimo, se hizo en aquella habitación.—¡Perdón! ¡Perdón!—balbuceó D. José—. ¡Dios me amparará!..... ¡Perdón!..... Y el anciano murió suave, inefable, dulce, tranquilamente, rodeado de multitud de personas á quienes él hizo bien. Su cadáver permaneció algunas horas en la habitación.

Al día siguiente, cuando la campana de la parroquia tocaba á difunto, fué sacado el cadáver de D. José. Un sordo ruido se oyó en aquel momento. La casa del anciano derrumbóse para que sobre sus escombros y sobre el cadáver de D. José, pasaran triunfante las grandes reformas del progreso moderno.

Aquel anciano, que vivía de recuerdos, de aquellos inefables recuerdos que jamás se borran cuando el corazón se halla libre de impurezas, sirvió de puente y sirvió de paso. Fué una víctima más.

ADRIÁN DE LOYARTE

---